

Los airados quintos de la Faraona*

Virgilio Mazuela

Economista. Miembro del Instituto Emmanuel Mounier.

Nosotros que hoy arrastramos una edad de tercera con ribetes de segunda, crecimos a la sombra del tronío folclórico de la Lola de España y otras «flamencas». Y como las desgracias no vienen solas, un poco después, también, tuvimos que padecer la amenaza radiofónica de las melosas canciones de una infausta pareja que Dios tenga en su gloria, llamada Pili-Mili. Gracias a este bagaje de educación musical y los hechos acaecidos en una guerra, dos posguerras y la pertinaz sequía, nos curtimos bien curtidos, grabando de asombros nuestros recuerdos infantiles.

El haber sido testigos de excepción de esta época tan revuelta, nos da derecho a opinar sobre las innumerables referencias que los políticos, en traje de campaña, suelen hacer del «correquetepillo nacional» de hace cinco décadas y de su peculiar protagonista.

Hay veces que uno piensa que, si España no fuera «este país» y no hubiera insumisos, Franco seguiría en el machito, volviendo periódicamente del Cielo a la Moncloa y viceversa. En 1947, el «jefe nacional del rancho» llevaba once años ejerciendo de caudillo vitalicio, cuando

pronunció una frase lapidaria que perfectamente podía haberse ocurrido al «hipnotizador» de la Moncloa. El «invicto» se empinó para llegar a la balaustrada del Palacio de Oriente y, después de comprobar que Dios y la Historia le escuchaban, dijo con voz meliflua: «Si ahora que no tenemos nada de nada, estamos como estamos, como será cuando

La moral está reñida

con el negocio

especulativo, y cuando

falla la moral,

el negocio se pervierte

en corrupción

tengamos todo de todo». Salvando las distancias, hace pocos meses, el mismo Felipe «el europeo» afirmó rotundamente: «Si ahora que estamos en crisis, hay puentes laborales y en cada puente, se echan a la carretera siete millones de autos, ¿cómo será cuando salgamos de la crisis?»

Pues bien, ni cuando Franco y la Lola estuvimos como estuvimos, ni ahora, cabemos todos los españoles en siete millones de vehículos, aunque metamos padre, madre, suegra e hijos en cada uno. Normalmente, los que viajan son aquellos que tienen trabajo y que están aguantando, mal que bien, el chaparrón y, de vez en cuando, para huir de sí mismos y de la que les viene encima, cogen el todo terreno y se van sin rumbo fijo a poner tierra por medio al agobio cotidiano.

Como se ve, las triquiñuelas de los políticos siguen siendo con arreglo. Los de antes destruían en la guerra por pelotas, los de ahora construyen en la paz por «pelotazos». Hay quien empezó en pelotas, trepó haciendo la pelota y ha terminado dando el pelotazo.

El pelotazo es una moda patentada por una panda de espabilados que consiste en hacerse rico de repente y mantener el tipo (el de interés y el otro). Es una moda nacida al amparo de la más pura lógica del capitalismo: obtener el máximo beneficio con el mínimo esfuerzo y ninguna moral. La moral está reñida con el negocio especulativo, y cuando falla la moral, el negocio se pervierte en corrupción.

* Este artículo ha sido publicado originalmente, con ligeros cambios, en Diario 16 de Burgos.

Lo grave es que esta moda se extiende como una mancha de aceite que pringa y «roldanea» todas las capas de la sociedad.

Corrupción, sin embargo, la hubo siempre. En tiempos del invicto gallego, al negocio sucio con artículos de primera necesidad se le llamó estraperlo. Hoy, el trapiqueo de solares, pisos o moneda se llama muy finamente ingeniería financiera. Vamos, la corrupción es el estraperlo a lo bestia, con publicidad y chulería. Este fenómeno que ha conmovido este país ha dado lugar a que la sociedad se divida en dos: los listos, que se enriquecen, caiga quien caiga, y los tontos, que se siguen consolando con aquello de «pobres pero honrados».

Llegados a este punto, los sufridores del tinglado político-económico nos sentimos desmoralizados y cansados de estar haciendo el tonto toda la vida y nos dan ganas de mandar a la mierda tanta decencia y empezar la carrera del señorito donde todo vale para ganar dinero. Lo que pasa es que ya nos pilla un poco «a tresmano» eso de hacer carreras y con muy pocos ánimos, porque estamos demasiado renegados de vivir en un mundo donde junto a los mayores avances científico-tecnológicos y los organismos internacionales más poderosos de la Historia (FMI, ONU, Unesco, Banco Mundial...), la pobreza se ha triplicado, se está destruyendo la naturaleza, se han esquilado los pocos recursos de los países desarrollados y la guerra y

la barbarie campean por sus respetos a lo ancho de todo el Planeta.

Cuando la ciudadanía andaba muy reprimida, en los tiempos del «caralsol», se contaba, por lo bajines, una anécdota a propósito del grito de rigor, «España, Una, Grande, Libre», y el gracioso de siempre se preguntaba: ¿sabes por qué España es Una? Porque

Deberíamos

declararnos

una de las cosas

más serias que ha

parido este país:

insumisos totales

si hubiera dos todos nos iríamos a vivir a la otra. Lo que pasa es que no hay otra. En ningún lugar del mundo atan los perros con longanizas, porque unos se comen las longanizas y otros hasta los perros.

Pero, ¿qué es lo que pueden hacer de fundamento unos canosos de la quinta de la Faraona, nacidos de la paramera castellana, que están «quemados», airados y hartos de un mundo sin utopías ni vergüenza ni lo que hay que tener?

Son ya muchos años dando leña al mono para desertar precisamente ahora. Si nos fuéramos, los mangutas de arriba se alegrarían mucho de haberse quitado de debajo de la poltrona unas cuantas moscas cojoneras.

Muy al contrario, debíamos de hacer una de las cosas más serias que ha parido este país últimamente: declararnos insumisos totales. Primero, insumisos al movimiento nacional «pro-Lolaflores», por las mismas razones que movieron a los comuneros a enfrentarse a Carlos I: estamos hasta las mismas de tantos «flamencos». La medalla de los trabajos nos la debían de poner a nosotros por haber soportado cincuenta años «el fuego de la niña». Después, nos declararemos también insumisos de la mili, a pesar de no tener edad castrense. Bueno, y aunque la «tendríamos». Y de la Pili, por obvios motivos relacionados con los mecanismos genitales que dificultan ciertas funciones efervescentes.

La que dicen: «los quintos de la Faraona con Franco fornicábamos mejor». En resumidas cuentas, que no cuenten con nosotros para nada, pues nos hacemos *insumisos de todo*.

Volveremos a pedir como en el 68: «Que paren el mundo, que nos apeamos». Lo malo es que te apeas y, si no caes por la ley de la gravedad, caes por tu propio peso... en el vacío. Y en el vacío, por no haber, no hay ni siquiera políticos, banqueros o especuladores a los que meter en la cárcel. ■